

CRISTO RECIEN NACIDO.

I

Figúrome que miro
Al Niño Dios recién nacido al mundo;
Que su aliento respiro
Y que le beso con amor profundo;
Que entre el asombro lloro
Sabiendo ser Dios mismo lo que adoro;

Y que la Virgen Madre
Le vé aún en delicia sumerjida,
Y que el justo su padre
Le vé y más vé, de gozo el alma henchida;
Que el Niño ríe y llora;
¡De tórtola llorar, reír de aurora!

¡Este Niño es el Verbo,.....
Este que llora es Dios, éste que ríe,
Aunque estupor acerbo
Al mirarle entre pajas desconfíe;
Desconfiar que no dura,
Prodigios viendo abajo y en la altura.

¡Ved la luz que ilumina
La gruta que la gloria de Dios llena;
Oíd esa divina
Música angelical que el cielo atruena;

Del Niño ved no menos
Los ojos de esplendor celeste llenos!

Yo, vate desvalido
Que no gozo del mundo los favores,
Aquí soy admitido
A besar á mi Dios con los Pastores;
¿Y más.....? Nada más quiero:
De ver al Niño Dios de gozo muero.

¡Dadme, dadme el encanto
De inspiración de sin igual dulzura!
Así celebre tanto
Misterio de piedad y de ternura
Con que el Rey de los cielos
Nos abrumba de gracias y consuelos.

Dejadme, Virgen santa,
En quien el alto cielo se complace;
Este poeta canta
Al humanado Dios que de vos nace;
Dulce Madre yo canto
Al Verbo del Señor tres veces Santo.

No es menester, Dios bueno,
Para que te creamos tan brillante
Claridad, de que lleno
Se ve este albergue pobre y humillante,
Ni de ángeles el blando
Que tu gloria en los aires van clamando;

La santidad nos basta
De esa tu Madre sobre todas bella
Y sobre todas casta;
¡Entre abrojos la palma así descuella!

El célico semblante
 De ese Esposo feliz fuera bastante;
 Y más esa hermosura
 Que en tí, divino Niño, irradia tanto;
 Esa boca tan pura,
 Ese mirar tan digno del Dios santo,
 Ese gemir que admira,
 Ese reír que inmenso gozo inspira;
 Esa frente en que posa
 Todo el saber de la infinita ciencia,
 Que santidad rebosa
 Y se anima de Dios con la presencia,
 Tan graciosas manos
 De bondad y de imperio soberanos.
 ¡Dadme, dadme el acento
 Con que himnos cantaba el Rey profeta!
 ¡Increíble portento
 Ha de enzalsar tan mísero poeta?
 ¡El Señor es el Cristo
 A Dios hecho hombre y hecho niño he visto
 El que crió el cordero,
 El que crió la tórtola sencilla,
 Es autor verdadero
 De esta tierna, increíble, maravilla;
 No en vano, Dios inmenso,
 Con esa ofrenda amabas el incienso.
 Qué hermoso es Dios tomando
 La forma del mortal y más del niño!
 ¡Que suave, qué blando
 Es de Adonái el paternal cariño!

¿Cómo no ha de ser tierno
 De todo amor el Hacedor eterno?
 Yo amo á ese Rey grande
 Y en ese Niño mucho más le amo;
 Riquezas á otros mande;
 ¡Abrazar y besar sólo reclamo,
 Como la parte mía,
 Al Niño Dios, al hijo de María!

II

Prestadme, aves canoras,
 Vuestro fácil gorgojo;
 Mares de aguas sonoras,
 Vuestro alto clamoreo;
 El coro de los ángeles
 Présteme su cantar.
 ¿Qué himno, qué armonía
 De aqueste Niño Santo,
 Haber digno podría,
 De los cielos encanto?
 Ni todo el coro unánime
 De cielo, tierra y mar.
 Empero, criaturas
 Todas á quienes vida
 Dió el Rey de las alturas,
 A ensalzarle os convida;
 Decid en himno plácido
 La gloria del Señor,

Que los cielos, ya es hora,
Su nueva gloria entonen;
De una aurora á otra aurora
Sus bondades pregonen;
Que los remotos límites
Del orbe, oigan su voz.

Hoy ha nacido el Cristo;
¡Miradle! ¡Cuánto es bello!
Felices le hemos visto
Imagen y destello
Del Eterno y Santísimo;
Divina luz de luz.

Un niño nos es dado
Hijo de estirpe humana;
Mas el orbe pesado,
En su hombro, es carga vana,
Que de Atlante fortísimo
Mayor es su virtud.

¿Su nombre? El de *Admirable*,
De *Consejero*, tiene;
De *Dios fuerte* le es dable;
Del siglo que ya viene
El *Fundador* y el *Príncipe*
De verdadera paz.

El Cristo hoy ha nacido,
Venid y le adoremos;
Al fin de Dios cumplido
El vaticinio vemos;
¿Palabra del Altísimo
Sin lleno quedará?

Rica lluvia rocía
El cielo de sus nubes,
Al Justo nos envía
En alas de querubes;
De aquesta tierra árida
Germina el Salvador.

El Verbo es este niño,
De amor objeto santo,
De infinito cariño;
¡Ahl pudiese mi canto
En acentos magníficos
Resonar en su honor.

Que si no á tal grandeza
Mi voz aspirar puede,
Callaré con presteza,
Muda mi lengua quede;
En prez del Unigénito
Mi lira romperé.....

Más nó; dejad que cante;
Y vibren, Lira mía,
Para el divino infante
Tus notas de alegría;
De los altos espíritus
El eco yo seré.

¡Honor al Rey del cielo!
¡Al Rey de las alturas!
¡Paz al justo en el suelo!
Que todas las criaturas
Alaben al Dios párvulo,
Al Cristo Salvador.

¡Pan del cielo descende
A dar la vida al mundo,
Vino que el fuego enciende,
De santidad fecundo
Suave miel dulcísima
De célico sabor!

Señor, Señor Dios nuestro,
¡Qué admiración encierra
Aquese nombre vuestro!
Los pueblos de la tierra
Conmovidos humillense
Al nombre de Jesús.

¡Ea, Dios poderoso!
¿En un establo yaces?
¿Dó tu rayo estruendoso?
¿Dó el terror con que haces
Temblar el alto Líbano
De tu rostro á la luz?

III.

Los años, ¡ay! tristísimos pasaban,
Desvalidos, proscritos los humanos,
Tal dignación apenas esperaban
Al pensar en los bíblicos arcanos.

¡Qué! ¿no es Dios en amores infinito?
¿Abismo de piedad no es el Eterno?
Compasivo será con el proscrito,
Y, con el pobre, sin medida, tierno.

Y nosotros, de inmensa desventura
Abrumados; alzábamos la frente,
La salud esperando de la altura,
Por la bondad del Padre omnipotente.

¡Pero no tanto, oh Dios! el Rey del mundo
Contemplar hecho hombre, quién podría
Sin abismarse en estupor profundo,
Sin dar voces de altísima alegría.

¡Bethlem, Bethlem! los ecos de tus montes
Resonaron con himno nunca oído,
Luz del cielo alumbró tus horizontes,
El profético anuncio fué cumplido.

Nuestros Padres no en vano la esperanza
Guardada siempre habían en su seno;
Atónitos hoy vemos á dó alcanza
La piedad infinita del Dios bueno.

Y oyeron que el Señor sería el Cristo;
Y al Salvador llamábanle Dios fuerte;
Hecho hombre, hecho niño, le hemos visto,
Niño en quien gracia sin igual se advierte.

Salomón, Josafath; aquel no eran
A quien David consagra nuevo canto;
Por ver lo que ya vemos ¡qué no dieran!
¡Por ver hecho hombre y niño al Verbo santo!

Los que vieron nacer de Abraham al Hijo
Y el fruto de Rebeca la prudente,
Sombra vieron nomás del regocijo
Con que hoy regala al mundo el Dios clemente.

Comió el maná Israel en el desierto,
Dulce manjar de insólita delicia;

Ved un maná que es verdadero y cierto
Que hartará á los que han hambre de justicia.

Nuevo sol ha nacido en el oriente
Que se hizo esperar por tantos años;
Será la luz que alumbre á toda gente
Tras tanto errar y tantos desengaños.

Feliz Mujer á la que en suerte cupo
Ser madre de ese rey de sede eterna;
Feliz Mujer que por humilde supo
Hacerse digna de bondad tan tierna.

Feliz muy más que las mujeres todas,
Siempre virgen, hallóse de Dios madre,
Y fué llamada á las divinas bodas,
Y fué su hijo el del celeste Padre.

Dichosa, dichosísima; en su pecho
Albergando al Señor yo la contemplo,
Albergando á aquel Rey á quien estrecho
Es de los cielos el inmenso templo.

Feliz varón, envidia de los reyes,
Al que, en guarda, Hijo y Madre Dios confía;
Al Verbo y á la Reina dará leyes
Tutor del Cristo, esposo de María.

IV.

Pero ya el tiempo viene
En que este niño al eco de su labio,
De gloria el mundo llene,
De paz al bueno, de estupor al sabio;
En su Evangelio encierra
El bien del cielo, el gozo de la tierra.

Del pobre y desvalido,
Del infeliz, proclamará los fueros,
Llamará enternecido,
A los que nada tienen, los primeros;
Perdón al delincuente
Ofrecerá solícito y clemente.

Por caminos y plazas
El buen Dios andará siempre acechando
Con piadosas trazas,
Pues es de corazón humilde y blando,
Las perdidas ovejas
Objeto de su amor y de sus quejas.

Y yo, Niño, te ruego,
Soy pobre, y pecador, y mucho lloro,
Que á mí me busques luego;
Yo en mi favor tu compasión imploro;
Dáme de tu riqueza,
De tu misericordia y tu ternura.

Mirad; de aquesta cuna
Del pobre establo á donde el Cristo vino,
Un paso más y una
Cruz se le espera al fin de su camino;
Víctima por el mundo
Nos le dió el Padre en su querer profundo.

¡Oh! cuánto Dios nos ama.
¿Ya le veis pobre? le veréis doliente;
A su perdón nos llama,
A su amistad; es bueno é indulgente;
Si en un pesebre gime,
En una cruz sangrienta nos redime.

Yo á Dios así lo entiendo,
 Eu pobreza y afrentas yo le adoro;
 ¡De Adonái el tremendo
 Cuánto es hermosa la piedad y el lloro!
 Sí Dios es bueno y sabio,
 No es el amor á su grandeza agravio.

¡Ea! venid, y en tierra
 A este Niño prestad el homenaje,
 ¿No veis cómo se encierra
 En tal pobreza altísimo lenguaje?
 ¡Es de Dios, no es humano
 De este Jesús el portentoso arcano!

¿Queréis ganar la palma
 Que se gana en el reino de los cielos?
 Ya sabeis; dad el alma
 Sin reserva á ese Dios de amor y celos;
 Su ley de amor sublime
 De amarle mucho nunca nos exime.

Pero veréis qué gloria,
 Qué dicha, qué delicia, qué ventura;
 La vida es transitoria,
 La del reino de Dios por siempre dura;
 Y aquí mismo en el suelo
 Qué paz al que le sirve y qué consuelo.

Yo tu ley, Cristo amable,
 La sé, pero en guardarla me descuido;
 Es mengua que á otros hable
 De cumplir lo que apenas he cumplido;
 ¡Qué haré! Caer de hinojos
 A tus pies ocultando mis sonrojos.....

¡Más no, mi dulce dueño,.....
 ¡Cuánto alivio me das en mi quebranto;
 Yo que amarte desdeño
 Que te he olvidado y ofendido tanto,
 De hoy más seré obediente
 A esa tu lev süave é indulgente!
 ¡La caridad me alienta
 Con que por nuestro amor hombre te hiciste,
 Ese amor me sustenta
 Con que por mi pecado padeciste;
 ¡Me alienta, Niño hermoso,
 El favor de tu madre y de su esposo!

Morelia, 25 de Diciembre de 1877.